

te sobre sus espaldas un peso de aire de diez y seis mil kilogramos, ¿podría crearlo? Así es, sin embargo, y no sois libres de negarlo.

Yo os hablo; cada una de mis palabras hiere el aire, produce en ese gas compuesto, una ondulación semejante al círculo dibujado por la piedra que cae en una agua tranquila; esta ondulación se abre, se rompe, se divide, entra en vuestro conducto auditivo y os comunica todo mi pensamiento, ¿comprendéis esto?

Estáis en la ópera; la orquesta está compuesta de toda clase de instrumentos, de los que cada uno tiene su timbre particular. Obedeciendo al movimiento del compás, cada nota grave ó aguda, naciendo de una laringe, de una cuerda ó de un tubo metálico, vuela, se despliega, y llega, bajo la forma de una onda, á vuestra oreja. Todos los sonidos diatónicos, todos los accidentales cromáticos, hablan á la vez, y entran juntos en vuestra corneta acústica; y á todos oís, á todos los percibís, y los distinguís á todos, ¿comprendéis esto?

La historia química y física del aire, nos muestra las divagaciones del espíritu humano, y sus oscilaciones entre el error y la verdad.

Así, los antiguos colocaban al aire en el número de sus cuatro elementos, y desde los análisis de La-

voisier, de Humboldt y Gay-Lussac, es un gas compuesto de otros, el oxígeno y el azoe como radicales, y como variables, el ácido carbónico, el hidrógeno carbonado, etc.

Los antiguos creían, además, que el agua sube al cuerpo de una bomba, porque la naturaleza tiene horror al vacío, y desde las experiencias de Galileo y de Torricelli, su discípulo, ella sube en virtud de la presión atmosférica ejercida sobre la superficie líquida contenida en el receptáculo.

Ved ahora las metamorfosis científicas que se han operado en el sistema planetario.

Hasta Copérnico y Galileo, es decir, durante largo tiempo, ha sido visto y creído que el sol giraba alrededor de la tierra inmóvil, y que nuestro pequeño planeta era el centro de atracción de todas las esferas celestes.

Desde esos dos astrónomos, los papeles han cambiado. El sol está fatigado de una carrera de seis mil años, y se ha puesto en reposo, está como un Sultán soberbio, en medio de los cielos, y todos los planetas, sus odaliscas, fascinadas por su mirada, revolotean con una irresistible seducción al derredor de su trono, y se disputan el favor de sus rayos.

Después, la marcha de todos esos planetas, ha sido sorprendida por

los cálculos matemáticos. En tal virtud, ahora se cree que el nuestro gira sobre sí mismo, girando al derredor del sol. Apartado de este astro, treinta y ocho millones de leguas, él tiene, en su movimiento de rotación, una velocidad de siete leguas por segundo.

Pero ¿qué es todo esto comparado con los movimientos del sol? Porque cuando os dije que este astro fatigado se puso en reposo, no fué sino el subterfugio de una metáfora.

La ciencia telescópica moderna ha reconocido, en efecto, que el sol posee también dos movimientos de rotación y de translación; porque no hay estrellas FIJAS, rigurosamente hablando. El tarda veinticinco días y medio para girar sobre sí mismo, y se ha descubierto que se dirige con su serrallo de planetas, hacia la constelación de Hércules, con una velocidad que debe ser, cuando menos, de setenta mil leguas por día.

Pero si se puede decir del sol cuál es su distancia de la tierra, cuáles son sus movimientos, cuál es su volumen y hasta su peso, ¿alguna vez se sabrá cuál es su naturaleza, de qué provienen sus manchas, cuál es, sobre todo, el origen de su luz y de su calor?..... ¡Misterios!.....

Y á nuestro progreso actual, com-

parad la astronomía naciente de los antiguos. Cleomenes, bajo Augusto, no daba más que un pie de diámetro al sol. Sin embargo, Eudoxio había ya estimado ese diámetro en nueve veces el de la luna. Anaxágoras había ya supuesto que el sol podía ser, casi, tan grande como el Peloponeso, y Zenón le miraba un poco más grande que la tierra.

Ahora bien, todos esos sabios de la antigüedad, ¿no se parecen un poco á ese pastor de Mantua, que estimaba á Roma tan grande como su aldea?

*Urbem quam dicunt Romam, Melibœem, putavi
Stultus ego, huic nostræ similem.....*

¿Queréis tener una idea aproximativa de la grandeza del sol y de la pequeñez de nuestro planeta?

Representaos á esas bombas de jabón que habéis fabricado frecuentemente en los juegos de vuestra infancia; cread una con el pensamiento, tan grande como la tierra; después soplad todavía en el canutillo, con toda la fuerza de vuestra imaginación, hasta que esta bomba llegue á ser un millón y medio de veces más gruesa, y obtendréis el volumen del sol.

Nuestro globo, que teníamos la fatuidad de creerle más grande, ha llegado á ser el más pequeño. Arago, decía un día en sus lecciones de astronomía, que si se pusiera al sol

en uno de los platillos de la balanza, sería preciso poner en el otro, para establecer el equilibrio, trescientas cincuenta mil tierras, ni más ni menos.

Humboldt hizo todavía esta suposición: «La luna está lejos de la tierra 96,000 leguas. ¡Pues bien! se podría colocar á la tierra en el centro del sol, hacer circular á la luna en derredor de ella, y la órbita de la luna se encontraría toda entera en el sol, y á una gran profundidad todavía en este astro.»

De modo que nuestro planeta, comparado con el sol, no es sino un glóbulo, un pequeño grano de mostaza, comparado con la cabeza que encierra millones.

¿Y cómo creer ahora que ese sol tan esplendente, que alumbra y calienta á todo el universo, no es más que una débil lamparilla, un glóbulo comparado con las estrellas?

¿Cómo creer que la ciencia no ha podido determinar aún el número de esas estrellas, su distancia de la una á la otra y de cualquiera de ellas á la tierra?

¿Cómo creer, conforme á la inducción de los astrónomos, que la luz, recorriendo sesenta y siete mil leguas por segundo, existen, sin embargo, estrellas de tal manera distantes, de la tierra, que sus rayos no han tenido aún el tiempo de llegarnos?

Abismos inmensos, cuya profundidad espantosa, jamás podrá ser sondeada por la curiosa investigación de la ciencia! ¡Explicadme el misterio de la atracción planetaria! Interrogad á la astronomía, ella no os responderá. ¡Todo el genio de un Newton permanece mudo!

¡Pero si del misterio de la gravedad y de la armonía universal, pasamos á los fenómenos de la fisiología, el dominio de los misterios ensancharía aún su inmensidad!

¿Comprendéis bien; en efecto, lo que es un color, un olor, un sabor, y cómo por medio del ojo, de la membrana pituitaria, de las papilas linguales, ellos llegan al cerebro, y producen en él su sensación específica?

¿Comprendéis bien lo que es la vida, el espíritu, la materia, el fluido vital, y la relación de esos elementos?

¿Comprendéis, en fin, la digestión, la circulación, las secreciones y el mecanismo de todas vuestras funciones?

¿Cuántos misterios permanecerán siempre bajo el velo del silencio más cruel!..... Sí, todo es misterio en la naturaleza: por lo que los egipcios la pintaban bajo la imagen de una mujer velada, para hacer comprender que ella es impenetrable.

Lanzando una mirada en la le-

janía del pasado, y volviendo en seguida al horizonte del presente, no se tarda uno en apereibir que muchas cosas nunca han sido comprendidas y no lo serán jamás; que otras muchas han sido primero obscuras y después, más tarde, desveladas; que otras muchas, en fin, han sido negadas y después afirmadas.

Pero en todos los tiempos, la verdad ha encontrado á su paso al fantasma de la incredulidad. Siempre los descubrimientos han sido rechazados por la oposición ciega de la ignorancia y de las preocupaciones y cada uno de los inventores ha bebido su parte del cáliz de la amargura.

Ved lo que se dijo en otro tiempo de la brújula, de la imprenta y demás hijas del progreso!

Mas, dejemos dormir los errores de la antigüedad, no vayamos á hojear las viejas tradiciones de los caldeos y de los egipcios, ni las de los griegos y los romanos, ni aún las de la edad media y de los tiempos más modernos. Escuchemos lo que se decía ayer:

¡Los buques de vapor!..... ¡Quimera!

¡Los caminos de hierro!..... ¡Ilusión!

¡El telégrafo eléctrico!..... ¡Utopía!

¡La fotografía!..... ¡Sueño!

¡La galvanoplastia!..... ¡Mentira!

Etc., etc., etc.

Todos esos hijos del Progreso, sin embargo, han estado á punto de ser ahogados y devorados por el orgulloso pirronismo, más cruel todavía que el viejo Saturno de la fábula.

Ayer, habíais negado todo esto, hoy creéis en ello. Ayer negábais porque los demás negaban; hoy afirmáis, porque los demás afirman: ayer, al decir no, no sabíais lo que hacíais; hoy al decir sí, no sabéis lo que hacéis: siempre el espíritu en las tinieblas!.....

¿Por qué, pues, negando del todo á la Homeopatía, creéis en cosas mucho más misteriosas que ella y que, por lo tanto, no comprendéis, no obstante de que queréis pasar por un espíritu fuerte, y daros el orgullo de creer sólo lo que podéis comprender?

No temáis que con razón os aplique este pensamiento de Pascal: «Incrédulos, los más crédulos. Ellos creen los milagros de Vespasiano, por no creer en los de Moisés.»

Cuando veis salir de la marmita de Papin, una nube blanquecina, decís: Es el vapor; ¡muy bien! ¿Pero sabéis lo que es el vapor? Yo no quiero la definición física de este elemento dinámico. Explicadme solamente, de qué manera, bajo la in-

fluencia del calórico, las moléculas del agua se desagregan, pasan del estado líquido al estado gaseoso, y no se apartan de la forma maciza, sino adquiriendo una fuerza de expansión irresistible? Fuerza múltiple que en la industria reemplaza á mil brazos; fuerza sin límites, que se burla de la resistencia de los pesos y de las masas; fuerza infinita, que, del pecho de LEVIATHAN va á soplar sobre las olas del Atlántico, y á conmovertas como una tempestad.

Cuando pedís vuestro retrato á la fotografía, un rayo de sol, toma prestado á vuestro rostro, sus facciones, sus colores y su expresión, los hace pasar por el foco de la cámara obscura, y su pincel fiel, dibuja, en un instante, vuestra más perfecta semejanza; esta imagen refleja vuestra mirada, vuestro pensamiento, vuestra intención secreta: ¿comprendéis el misterio de esta corta operación?

Interrogad á la Química, ella no os responderá.

Cuando vuestro pensamiento, conducido por una chispa eléctrica, salta de Europa á Africa, ó de un mundo á otro, ¿no se espanta vuestra inteligencia al inclinarse al abismo de este misterio?

¿Comprendéis todas las relaciones de este mecanismo? ¿Comprendéis el viaje tan rápido de la chispa

ó la descomposición tan rápida de las electricidades del hilo? ¿Comprendéis la acción y la interrupción múltiple de la corriente? ¿Comprendéis, sobre todo, la imantación del hierro dulce por el fluido galvánico?

Muchas veces he observado, que el manubrio de un cuadrante telegráfico podía hacer, cuando menos una vez por segundo, la vuelta de 25 letras.

Esto es, veinticinco interrupciones de la corriente por segundo. Ahora, tratad de hacer viajar á vuestra imaginación en el espacio; más veloz que la chispa eléctrica, ella franqueará de un salto, cualquier distancia, y penetrará lo infinito; pero que ella haga en un segundo, veinticinco veces el viaje de París á Marsella, por ejemplo, como el manubrio lanza veinticinco chispas ó más, jamás llegaréis á hacer esta experiencia.

¿Comprendéis, ahora, toda la afrenta que hace á lo imposible vuestra conversación con vuestro amigo, cuando á través del espacio, un hilo de mil leguas, os sirve de corneta acústica, y podéis así hablarle en el tubo de la oreja?

Interrogad á la Física, ella no os responderá.

Pues bien, todos esos fenómenos fluidicos, ¿por qué los habéis negado ayer, y por qué hoy los creéis?

Ayer, nuestro espíritu estaba orgulloso de negar, hoy está humillado y se inclina ante hechos que no puede comprender.

Más, quizá antes de que desaparezcáis de este mundo, cuantos hermosos descubrimientos aparecerán, y cuyo nacimiento posible será acogido con la sonrisa de la incredulidad!

Y todavía esto no es todo; si por un instante vuestra mirada se sumergiese en la lejanía del porvenir, cuán maravillada quedaría con el panorama de los descubrimientos futuros! descubrimientos que no podemos calcular y ni aun siquiera sospechar!

Cuando se reflexiona en todas las riquezas que encierra lo desconocido, en todos los tesoros científicos que posee la mina de lo posible, se echa de menos la vida que se nos escapa, y se teme que suene nuestra última hora, entonces un sentimiento muy legítimo de amarga melancolía nos hace rechazar las densas tinieblas de la tumba, que va á ser nuestra noche eterna, y á velarnos todos los nuevos horizontes.

¿Qué dirían hoy Homero y Virgilio si viesén impresas la Iliada y la Eneida? ¿Qué dirían Alejandro y César, si viesén nuestros trenes de artillería? ¿Qué dirían Luis XIV y

Napoleón, si viesén los ferrocarriles y el telégrafo?

Y vosotros mismos, ¿qué diríais si volviérais del otro mundo en 1958, y vierais qué? Lo ignoro, pero cuántas cosas echaríais de menos, si la muerte os recordase, al día siguiente, en vuestra tumba!

Mas ya es tiempo de descender de la altura de todas estas consideraciones transitorias, para volver á nuestro verdadero objeto.

Guardaos pues de juzgar lo que no conocéis, y, respecto de las cosas que no conocéis sino imperfectamente, permaneced en los límites de una sabia y prudente reserva. Si los antiguos tenían razón de decir: "conoce antes de amar," es también muy justo decir: "conoce antes de no amar." Entonces, cuando se trate de una idea nueva, que nuestro espíritu quede suspenso entre la afirmación y la negación, hasta que haya adquirido el derecho de inclinarse hacia uno de esos extremos por un atento examen.

San Agustín decía: "vale más inclinarse á la duda que á la seguridad, en las cosas de difícil prueba y peligroso crédito."

Salomón dijo aún: "El que es docto y prudente, es moderado en sus discursos y el hombre sabio no explica su pensamiento sino en reserva."

Preguntóse un día á Lordat, el ilustre fisiólogo de Montpellier, lo que pensaba de la Homeopatía, y hé aquí lo que respondió: "Yo no admito ni rechazo la Homeopatía que no he tenido el tiempo de estudiar; he oído opiniones tan diversas, tan opuestas, á hombres graves, esclarecidos, que debo permanecer en suspenso, hasta que me sea permitido tener una opinión, es decir, "hasta que haya hecho un profundo exámen;" tanto más, cuanto que este método tiene el sufragio de uno de los maestros más distinguidos del Sr. Amador, profesor de patología y terapéutica generales..."

Seguid, á lo menos, este ejemplo, y cuando se os hable de la Homeopatía, en vez de condenarla, tened el buen sentido de decir: "Yo no la conozco."

"Guardaos pues de reir en tan grave asunto," y escuchad esto todavía:

Broussais, el fogoso Broussais, que había hablado primero de la Homeopatía como siendo el absurdo más enorme, é "indigno de todo exámen," conmovido en su oposición por el choque de la verdad, exclamaba en uno de sus últimos cursos, ante sus numerosos discípulos:

"Yo no conozco en las ciencias sino la autoridad de los hechos, y

en este momento experimento la Homeopatía."

Pero estas palabras fueron acogidas por un pequeño murmullo de incredulidad general. Entonces, el ilustre profesor, dió un golpe sobre su cátedra, y dijo con una voz fuerte é indignada:

"Si yo experimento la Homeopatía."

Esta vez la sonrisa se detuvo en todos los labios.

Entrego estos dos ejemplos á vuestras reflexiones.

Pero si la Homeopatía es combatida por las preocupaciones y negada por la ignorancia, ella es aún muy mal comprendida, por algunos de sus más adictos amigos que favorecen su progreso con todo el celo del más ferviente proselitismo.

Unos no ven sino los glóbulos y á los infinitamente pequeños. Pues bien, quiero proclamarlo con toda la fuerza de mis convicciones, no es en este principio secundario en el que consiste nuestra doctrina. Dejad decir esto á los ignorantes y á los espíritus infinitamente pequeños.

Otros no ven sino el principio de los semejantes y, no manejando más que esta palanca, desprecian todos los demás rodajes de la máquina.

La verdad es una, pero ella tie-

ne muchas fases, y, para conocerla bien, es preciso conocer esas fases y todas sus relaciones.

Ahora bien, una falsa opinión puede hacerle tanto mal como una ciega negación.

Os lo digo: En general, la Homeopatía no es comprendida. Se ha repetido, y se repite diariamente, de buena ó de mala fe, que es una ciencia muy fácil; y bien! yo os digo que nada hay más difícil que la Homeopatía. El conocimiento íntimo de su filosofía exige penosos estudios y largas meditaciones, la práctica de sus principios exige toda la energía del espíritu, y el camino de su práctica, árido, escarpado, y lleno de escollos, desalienta á menudo el paso más firme y decidido.

Y he aquí por qué muchos, en su sencillez, creen conocer la Homeopatía, y no la conocen; he aquí por qué algunos—y conozco á muchos—se empeñan en ese terreno para desmontarle y fecundarle; pero encontrando por lo pronto su cultivo, difícil, ingrato y estéril, su alma se entrega al desaliento, su mano fatigada y debilitada, abandona el arado y termina por dormirse en el surco.

La Homeopatía no es, pues, en general, ni conocida ni comprendida; tal es mi convicción profunda. Si ella fuese conocida y comprendida,

por las personas del mundo que la niegan sin saber lo que dicen, y por los académicos que la rechazan sin saber lo que hacen, sus pasos hallarían muchas menos trabas en el campo de la práctica, y en el camino que conduce á las Facultades; su reino nos llegaría mucho más pronto, y su luz no quedaría mucho tiempo debajo del celemin. Por tal motivo, emprendo estas conferencias.

Si tenéis la paciencia de seguirme hasta el fin, terminaréis por conocer, comprender y amar la Homeopatía.

Yo quiero decir todo lo que ella es y lo que no es; os descubriré todas sus fases, os desmontaré todas sus piezas; os haré asistir á su nacimiento, á su desarrollo y á su propagación.

Someteré todos sus elementos al más escrupuloso análisis. Separaré la zizaña del buen grano, arrancaré las zarzas y las espinas, que pudieran detener, en el camino, vuestros primeros tímidos pasos.

Resolveré las objeciones, esclareceré vuestras dudas, y llegaré, en fin, á que en vuestro espíritu se haga la luz.

Y entonces la doctrina de Hahnemann será la antorcha que alumbrará á todo hombre de buena voluntad; su filosofía ya no será un abismo, su teoría un misterio y su práctica un laberinto.

Quiero ser comprendido de todos; y en tal virtud, seré lo más sencillo posible; no haré entrar en mis discusiones sino los conocimientos médicos más elementales; despreciaré la parte demasiado científica de los argumentos, y excluiré de mi lenguaje toda vana sutileza.

Mi plan será: sencillez, claridad, verdad.

Al concluir esta primera plática, quisiera dejar en vuestros espíritus la impresión que siempre he experimentado al leer algunas líneas de la Apologética que el gran Tertuliano escribió en tiempo de las perse-

cuciones cristianas á los senadores de Roma:

«Que la verdad pueda, á lo menos, por medio de la escritura llegar silenciosa y velada hasta vosotros. Ella no pide gracia, porque ella no se admira de su condición. Extranjera en este mundo sabe que está expuesta á encontrar enemigos fuera de su país; ella camina con los ojos levantados al cielo, su patria y su esperanza, sin esperar, por lo demás, ni crédito ni gloria; ella no desea más que una cosa aquí abajo: que no se la condene sin conocerla.»



SEGUNDA CONFERENCIA

MI CONVERSION A LA HOMEOPATIA

¿Qué es un médico Homeópata?

En general, tal vez es difícil decir lo que es un médico, pero un médico homeópata, nada más fácil, es un charlatán.

Es un mágico salido de la escuela de Zoroastro; digno de figurar en la corte de Faraón y de secundar al famoso Simón luchando con San Pedro.

Es un encantador más hábil que la Circé y la Medéa de la Grecia supersticiosa, y sobrepujando los sortilegios de Canidio y de Sagano en la Roma pagana.

Es un encantador más astuto que el célebre Merlín de la Edad-media.

Es un prestidigitador más diestro que los Comte, los Bosco y los Robert-Houdin, de nuestros tiempos. Es un charlatán, y la palabra «charlatán» quiere decir todo esto.

¿Qué es pues, un charlatán?

Todo el mundo lo sabe. Es un

hombre que hace profesión de engañar al público con ayuda de cualquier medio, y de ese género existen varias especies.

Pero, ¿qué cosa es un médico charlatán?

Yo no quiero hablar de esos industriosos que se exhiben en la plaza pública, instalados en un coche, tirado por caballos pacíficos acostumbrados al oficio. Esos Chiarinis adornados de anillos y de dijes, llaman al buen pueblo con los desentonos de una charanga y le escamotean su dinero, vendiéndole algún remedio eficaz para todos los males.

Nadie tiene el derecho de quejarse de eso; hay un principio de derecho que dice: «scienti et volenti nulla fit injuria,» lo que significa: «No se peca engañando al que lo sabe y lo quiere.»

Pero el charlatanismo médico es otra cosa; es cien veces más gra-